



CINEMA

Pequeña parábola de la cortesía

Impregnemos la ciudad de cortesía. ¿Qué podrá hacer el Centro de Atracción y Turismo, si un ambiente de discreción cosmopolita, de cortesía mundana, de tolerancia liberal, no perfuma y adoba sus programas elegantes? O la civilidad de Galba, o desistir del turismo...

* * *

Galba tenía una mujer bellísima. Su alisada cabellera negra, de etíope, formaba un casco de obsidiana sobre el cartilago vibrante de la nariz corvina y sobre sus ojos brujos, intensos, que fulguraban a veces con extraños alucinamientos de ojos de pitonisa o con sonrisas equívocas de una coquetería insinuante y perversa. Su talle era flexible como balata. Su grupa temblorosa tenía bajo la túnica, al andar, unas suaves cadencias de trirreme. Y sus brazos redondos, ondulantes, como cuellos de cisne con brazaletes de jade, terminaban en unas manos afiladas, blancas, de cuidadas uñas rosas, sabias y expertas, que con las gruesas esmeraldas de los dedos, parecían áspides lascivos, diestros en dolorosos refinamientos sensuales.

Aquella noche, Galba había convidado a comer a Mecenas. Los vinos espumosos corrían por las venas como torrentes de lava y en la tarde de estío, caliginosa, que moría lentamente al otro lado de las cumbres, flotaba una vaga languidez mediterránea mecida en mil exóticos aromas capitosos.

El nocturno era propicio a la aventura y a la voluptuosa tentación del pecado. La mujer de Galba, tendida en su alcatifa de damasco, con la boca en corazón, como un nectario de carmín, sonreía a Mecenas poniendo en la sonrisa su más insinuante coquetería de mujer viciosa. Mecenas, encendido, roja la papada de prócer epicúreo, correspondía a los avances de la mujer de Galba, temeroso, empero, de despertar las sospechas celosas del anfitrión. Este, sonriente, solícito, en funciones de dueño de la casa, atendía a su invitado con la más amable y ceremoniosa cortesía, vigilando el servicio de los esclavos y velando en todo instante por la más perfecta renovación de los manjares y de las jarras panzudas de vino siciliano...

Terminaba la comida. La sandalia menuda de la mujer jugueteaba entre los pies del invitado. Las manos de Mecenas y de la esposa se estrechaban de vez en cuando, a hurtadillas, bajo los perfumados almohadones de Oriente. En las sonrisas palpitaba ya un anhelo vehemente, voraz, apasionado. Galba, dormía, pacíficamente, sobre su alcatifa bordada, ajeno a todo, ignorante de todo, como un hombre feliz.

Entró un criado en la sala. Vió dormido a su señor, y a su ama y a Mecenas distraídos, absortos, en amoroso éxtasis. El esclavo, sediento, sintió la tentación irresistible de las jarras de vino. ¿Por qué no refrescar las fauces con un sorbo furtivo? Cogió un vaso, lo llenó hasta los bordes del aromoso zumo de Falerno o de Marsala, se lo acercó a los labios y...

Galba se irguió, furioso.

—¡Cómo!—exclamó el anfitrión, iracundo. ¿Acaso no ves, tunante, que sólo estoy dormido para Mecenas?..

* * *

Exagero, ¿verdad?... Pero convengamos en que una ciudad de turismo ha de tener un poco la moral de Galba...

EMILIO PISON.



Os presentamos, lectores, a don Salvador Camacho: un "tío" de un solo cacho y amigo de hacer favores...

Hombre de buen corazón y de ideas admirables: el "mago" del saxofón y el "as" de "Los Incansables"...

Es figura popular el amigo Salvador; airoso como un cantar y alegre como un tambor...

Por impulsar la alegría de este rincón renteriano, la Revista RENTERIA le abraza y le da la mano...